

# **PRESENTACIÓN**



## **RAFAEL RÓDENAS VILAR, UN MAESTRO EN EL RECUERDO**

El ya lejano curso académico de 1970-71, para quien esto escribe y sus compañeros de promoción, fue un curso especial. Fue el año en que la vocación universitaria, dispersa ante la oferta del grupo de asignaturas que constituía el programa de “comunes” de la carrera de Filosofía y Letras, acabó perfilándose hacia el estudio de la historia. Uno de los causantes de aquella epifanía que nos condujo hacia la disciplina de Clío, marcando así parte de nuestras vidas, fue, sin duda alguna, el profesor Rafael Ródenas Vilar (Valencia, 1932- Madrid, 2007). Un hombre serio, recto, de aspecto distinguido que había cursado estudios en la Universidad de Valencia, ampliándolos más tarde en Múnich, junto a ilustres condiscípulos como Mariano Peset Reig y Francisco Tomás y Valiente, y que se había doctorado, bajo la dirección de José María Jover, con su tesis en torno a “La política europea de España durante la guerra de los Treinta Años (1624-1630)”. Cuando el profesor Ródenas se incorporó al claustro docente de la Sección de Letras del Centro de Estudios Universitarios de Alicante (CEU), a pesar de su juventud, gozaba de amplia experiencia como catedrático de Historia, desplegada en los institutos de Aranda de Duero y de la propia ciudad de Alicante.

Serio, recto, distinguido, reitero. Así lo recuerdo aquella tarde de otoño en que atravesé por primera vez el aula donde nos encontrábamos aguardando el inicio de sus clases. Entró por uno de los pasillos laterales sin ser advertido, entre una algarabía de voces, ascendió a la tarima y se plantó, con el bloc de sus apuntes sobre el pecho, observando al alumnado sin pronunciar palabra alguna. Hasta que, poco a poco, descubierta su presencia, se fue instalando un silencio expectante. “Ha llegado el profesor –dijo–. Al profesor se le debe respeto y no es correcto permanecer sentados, hablando, mientras él no tome asiento”. En 1970, en un aula universitaria, con los aires de contestación que corrían por el mundo académico, la actitud del profesor Ródenas, lejos de provocar una protesta o un conato de algarada, tuvo un efecto

inmediato en aquellos setenta y pico estudiantes que todavía no le conocían: el reconocimiento de la falta de urbanidad en que habían incurrido y el inmediato acatamiento de su propuesta. Nadie tuvo cosa alguna que objetar y no hubo una sola discrepancia sobre cuanto podía haberse considerado un rasgo del autoritarismo que comenzaba a ser rechazado abiertamente o aceptado a regañadientes en todas partes.

A lo largo de los años he pensado mucho en este suceso. Fue como una suerte de flechazo, como un amor a primera vista. El aula captó unánimemente la esencia del mensaje profesoral, el anuncio de un pacto de respetuosa reciprocidad, que debía establecerse como condición imprescindible para hacer posible la transmisión de conocimientos, para recuperar una idea honorable de la Universidad que, sin duda, estaba en la cabeza de todos los presentes. Es probable que ese pacto se debiese al carisma, al talante del profesor. Pero no fue ajeno, tampoco, a la peculiaridad del alumnado de aquella promoción de 1969-73. Un curso constituido no por jóvenes recién salidos del instituto —que los había, sin duda—, sino por una mayoría de mujeres y hombres titulados en Magisterio, a cuyo ejercicio dedicaban la mayor parte del día, unos pocos licenciados en Derecho y Económicas, algún sacerdote y antiguos bachilleres que habían decidido, bien pasado el ecuador de la veintena, continuar sus estudios. Era uno de los cursos del llamado “nocturno”, o más bien de la “tarde”, por cuanto la jornada se iniciaba a las 17 h y rara vez se prolongaba más allá de las 22 h. Una experiencia novedosa en la ciudad y provincia que extendía la enseñanza universitaria fuera de las horas matinales, ofreciendo una excelente oportunidad formativa a cuantos por razones laborales o de otra índole no podían haberla completado de otro modo. Si aquel “nocturno” se caracterizaba por algo, lo digo sin el menor recato, era por su firme voluntad de aprender, por una indudable madurez intelectual, por su enorme curiosidad hacia el conocimiento de los nuevos derroteros por los que discurrían las disciplinas humanísticas, y, todo sea dicho de paso, por una fuerte y estimulante competitividad que se fue desarrollando a lo largo de toda la carrera y que no fue nunca obstáculo para fraguar sólidos lazos de amistad y compañerismo.

A partir de aquella tarde de otoño, cuando ocupamos nuestros asientos y comenzamos a tomar apuntes, el mundo fascinante de la historia se desplegó como una suerte de imán ante el grupo de estudiantes que todavía dudaban entre dedicarse a la filosofía, la literatura, la geografía o a cualquier otra de las disciplinas que integraban el programa. Si las propuestas novedosas del estructuralismo, de la visión sociológica introduciéndose en el mundo de las humanidades, poseían el atractivo de ofrecer un rostro inédito a las asignaturas cursadas en los antiguos planes del Bachillerato, el descubrimiento

del materialismo dialéctico, de las corrientes de la Escuela de los Annales, en el campo de la historia, tuvo un impacto deslumbrante. Y fue aquí donde Rafael Ródenas, con su claridad expositiva, sus amplios conocimientos, la capacidad de relación interdisciplinar y una firme metodología, se erigió en protagonista de esa decantación vocacional, de la mayor parte del grupo, hacia la materia que impartía.

Rafael Ródenas, a través de sus clases, cumplió una misión reveladora a la hora de situar en su verdadera dimensión la antigua historia *événementielle* que nos habían enseñado desde tiempo atrás, con su excesiva carga política y militar, su escasa capacidad interpretativa y su prioritaria valoración del dato y el aprendizaje memorístico. Encerró la corriente positivista imperante en un paréntesis y nos abrió la mente hacia la búsqueda del protagonismo de los hechos históricos en las masas y en los movimientos sociales, ausentes, hasta aquel momento, de las páginas de nuestros manuales. Dibujó con claridad meridiana los conceptos de infraestructura y superestructura como elementos fundamentales para entender el devenir histórico, abriendo, de este modo, el conocimiento del pasado a otras disciplinas como la geografía, la demografía, la economía y la sociología, y se erigió en un auténtico profeta de historiadores, cuyas obras, por aquel entonces, y aunque cueste creerlo hoy en día, eran patrimonio tan solo de un grupo selecto de universitarios imbuidos de un talante crítico e inconformista. Marx, Lefebvre, Bloch, Braudel, Hamilton, Elliott, Carande, Domínguez Ortiz, Herr, Bataillon, Vilar, entre otros, dejaron de ser nombres lejanos para convertirse en referencias y guías indispensables para tratar de entender las claves del pasado.

Una revelación de esta envergadura, lo he pensado muchas veces, no hubiese sido completa sin contar con la fuerte personalidad del profesor y su gran capacidad de trabajo. Poco a poco, en el transcurso del primer trimestre, la aparente frialdad del enseñante, aquella suerte de distanciamiento inicial, se fue impregnando de una cordialidad, exenta de cualquier atisbo de paternalismo, que fue calando en el espíritu de todos y cada uno de los alumnos de aquel curso. Una cordialidad que no se desplegó solo en el aula, donde su capacidad de diálogo, por encima de la fidelidad que mostraba hacia el materialismo histórico en aquella época, se abrió con respeto a las opiniones de un alumnado que, en ocasiones, se resistía a la demolición de sus antiguas convicciones. Se plasmó también, sin lugar a dudas, en una innovación metodológica que propuso el mismo día en que pisó el aula como parte del plan de trabajo a desarrollar durante el año. Una cuestión que no me resisto a dejar en el tintero. El profesor expuso a los allí presentes, como condición *sine qua non* para ser calificados tras el examen final, el comentario previo, por parte de cada uno de nosotros, de cinco monografías relacionadas con el progra-

ma. Una tarea que debía llevarse a cabo mediante una serie de entrevistas individuales a lo largo de los nueve meses del curso. Un trabajo adicional que mostraba no solo su capacidad de esfuerzo y entrega a las tareas docentes, sino su elevado nivel de exigencia y sus escrúpulos a la hora de valorar a sus discípulos tan solo mediante el tradicional examen escrito.

Aquellas cinco visitas al despacho del profesor, que ahora recuerdo con el placer que producen las evocaciones, aunque no sin un cierto escalofrío, tuvieron como resultado una luminosa confrontación de ideas en un ambiente distendido de respetuosa igualdad entre docente y discente. Pero lograron algo más: la sensación –no importa si real o equívoca– por parte de cada uno de nosotros de haber sido objeto de predilección del profesor o de haber conocido a un Rafael Ródenas personal e intransferible.

Años después de esta experiencia, la promoción 1969-1973 se dispersó por las universidades españolas para acabar sus estudios, mayoritariamente de Historia, que había comenzado en el CEU alicantino, donde solo se podían cursar los tres primeros años de carrera. Muchos no volvimos a encontrarnos con el profesor Ródenas, pero todos éramos portadores, cuando menos, de unos firmes principios metodológicos impresos en el cerebro y de unas sólidas referencias bibliográficas para adentrarnos en el estudio del pasado.

A finales de la década de 1970, Rafael Ródenas ganó la cátedra de Historia de la Escuela Universitaria de Magisterio de Madrid, en Segovia, y dejó Alicante. En aquel nuevo espacio, liberado de las clases en el instituto, que siempre había compartido con las del CEU, pudo dedicarse con mayor holgura a la investigación. Y lo hizo, a juzgar por algunas publicaciones que llegaron hasta mis manos, con el sosegado placer del relojero que aborda su trabajo con minuciosidad y deleite. *El hombre de la capa verde. Historia de un error judicial en la España de Felipe II* (Universidad de Alicante, 2000) fue el libro que me permitió recuperar y mantener un breve contacto epistolar con el profesor y comentar la historia de Hernando Martínez, un joven pintor segoviano encausado, arbitrariamente, por la justicia. Una historia rescatada de entre la farragosa documentación procesal y que trascendía el asunto personal para convertirse en un fresco de la vida cotidiana de aquella Segovia de los menestrales pañeros, los clérigos de toda laya, pícaros y maritornes, como paradigma social de aquella Castilla del siglo XVI. Me sorprendió mucho el talante del libro, que se alejaba de sus luminosas y didácticas explicaciones de antaño para adentrarse en la complejidad de un mundo plagado de contradicciones. Me sorprendió, igualmente, la audacia de dejar hablar a los documentos, anotados en conveniente bastardilla, para ocultar la autoría del investigador y buscar ese atisbo de objetividad al que siempre aspiramos los historiadores sin llegar a conseguirlo. Años más tarde pude constatar, en otra

de sus publicaciones, que este afán notarial de reconstrucción del pasado no era un capricho pasajero, sino el fruto de una firme convicción. Me refiero a su libro *Maestros de escuela en el Madrid de los Austrias* (UAM Ediciones, Madrid, 2000). En sus páginas de nuevo la documentación, entrecomillada, se iba deslizando, con el contrapunto de alguna glosa, para dibujar un cuadro global de la figura del maestro de escuela en la Villa y Corte durante el siglo XVII. Un cuadro que, tras sus minuciosas figuras, aspiraba a un afán de objetividad realista, cuyo cabal entendimiento debía quedar en manos del lector, convertido en juez, a partir del material ofrecido. Positivismo e interpretación se reconciliaban de una manera armónica y extraña, fruto de un cambio operado en Rafael Ródenas, el profesor que, por razones que desconozco, mostraba, ahora sin ambages, su problemática y cordial humanidad.

Rafael Ródenas falleció en 2007. A su muerte estaba trabajando en un nuevo libro que sus hijas, Carmen y Ángeles, recuperaron entre los papeles de su despacho. Es el libro que hoy tienen entre sus manos y que responde, en su exposición y metodología, al camino emprendido en *El hombre de la capa verde* y trillado en su investigación sobre el magisterio madrileño, del que viene a ser una ampliación más documentada si eso era posible y mucho más ambiciosa y completa. Un trabajo que, aunque finalizado, se encontraba a falta de anotar las innumerables citas documentales y bibliográficas, que constituían la esencia del trabajo. Carmen y Ángeles Ródenas abordaron esta tarea con una tenacidad, entusiasmo y perspicacia envidiables.

*El largo camino hacia la escuela pública: Maestros, niños y escuelas en el Antiguo Régimen* es un espléndido trabajo que ofrece, como en ocasiones precedentes, mucho más de lo que su título indica: una visión panorámica de la evolución de los distintos tipos de escuela que aparecieron en el siglo XVI y que, tras las reformas y cambios legislativos operados durante el siglo ilustrado, entraron en la contemporaneidad para dar forma a la “escuela pública”. Es la historia, por lo tanto, de una tipología variable de centros escolares auspiciados por los municipios, la iniciativa privada, el Gobierno y la Iglesia, con la finalidad prioritaria y escueta de enseñar a leer, escribir, contar y recitar la doctrina cristiana y de su proceso de homologación y ampliación de contenidos docentes bajo la dirección del Altar y el Trono. Es la historia, también, de los maestros, de todo tipo y diferente formación, que eligieron esta profesión por vocación o, simplemente, como modo de vida para tratar de enseñar a los niños y niñas del país los rudimentos esenciales para acceder a la cultura elemental de su tiempo; de los intentos de reglamentar la profesión desde posiciones gremiales a gubernamentales orquestadas durante las reformas de Carlos III. Pero estos aspectos son tan solo las líneas maestras por las que discurre la investigación para abordar toda la problemática glo-

bal de la enseñanza primaria en aquella época: desde la condición social del profesorado y el estudiantado, pasando por la metodología empleada en las aulas, los contenidos de la enseñanza, los horarios, las cuestiones disciplinarias, la indumentaria, los exámenes y certámenes, hasta los indicios de algunas biografías de docentes y discentes e incluso los bosquejos de sus existencias al finalizar la escuela. Apenas sí queda nada en el tintero en este amplio mural sobre la vida escolar. Y en esa suerte de *horror vacui* en torno al tema de la primera enseñanza radica otro de los grandes méritos de este libro: su condición de texto de obligada consulta a partir del momento de su publicación para continuar estudiando de una manera cabal la historia de la educación en España.

Para finalizar estas líneas, un privilegio tal vez inmerecido que me otorgaron Carmen y Ángeles Ródenas, solo me resta indicar mi temor a no haber podido expresar con mayor exactitud el sentimiento de afecto y admiración, hartamente consensuado, que guardaron todos los alumnos de aquella promoción de 1969-73 al profesor y maestro Rafael Ródenas Vilar. La certeza de que cualquiera de mis condiscípulos que hoy continúan entregados a la enseñanza de la historia en la escuela, el instituto o la universidad pudiera haberlo hecho mejor y con mayor conocimiento de causa me impulsa a incluir esta matización. A todos ellos, mis disculpas si no he podido estar a la altura de las circunstancias y mi deseo de que nuestra Universidad de Alicante pueda, algún día, llevar a cabo el homenaje que el profesor se merece junto a muchos de sus colegas que pusieron los cimientos del CEU lucentino.

Mario Martínez Gomis